

Árboles de Violetas

Llanara Moonrise



Image not found.

Capítulo 1

SINÓPSIS

Lena es una chica de 22 años recién egresada de la carrera de arquitectura. Su vida da un giro tan repentino que se ve obligada a huir y encontrarse fuera de su país. Comprueba que los imposibles existen, que son más verdaderos que quien los tiene; unos imposibles que se ponen en peligro con su repentino descubrimiento, ese que le arrebatará lo máspreciado.

El otro lado de la moneda es Diego, un músico enviciado a los mangares de su profesión que tendrá que elegir entre ceder a la presión de la prensa o enajenarse para proteger su salvación.

Una historia que se suscita en Verona, tomando de fondo el Garda y las bellezas que la Italia ofrece. Sueños, frustraciones, la elegante vida disfrazada de complejos, pero un amor que cambiará el rumbo de ambos. ¿Has visto antes un árbol de violetas que jamás se marchita?

AGOSTO

Sacó una gabardina negra ante la ocasión. Ahora todo le parecía inservible, insignificante, había sido tan rápido y difícil de digerir, que aún con las pruebas no lograba aceptarlo. Ayer sonreía, y hoy desconocía el significado de ese gesto.

Recordaba sus horas más tristes: Ella flexionada sobre la mesa con la mitad de los brazos apoyados. El dueño de la empresa había salido de su oficina desde hace dos horas. Contrajo una estilográfica de 0.5, ideal para trazos finos y exactos que ameritaba el bosquejo. Estaba feliz por su nuevo proyecto recién entregado y solicitado, una Universidad con dormitorios, la única en todo México, la única en La Laguna. Su ciudad era un distrito pequeño que colindaba con tres estados, por eso tomaba gran papel en las transacciones comerciales. La región era conocida por su increíble antepasado de lagunas que procedían de diversos ríos; resultaba una historia difícil de creer debido al distintivo calor que siempre azotaba la zona norte, escaseando el agua, tolvánicas, y hasta 42°C a la sombra; ¿qué le hacía falta a un conjunto de municipios olvidados por la mayoría? Exacto, una universidad.

Diseñó los edificios interiormente, luego en el exterior dándole su propia esencia, el paisajismo y demás prospectos los agregaría mediante el proceso. Como recién egresada de Arquitectura, a Lena la situaron en un plano novedoso y fresco que podría crear bellezas constructivas a base de su no muy grande desapego de la licenciatura. Confabular un proyecto de esa magnitud sería un hueso duro de roer, aunque las cosas tediosas ya estaban cocidas: el extenso terreno que el mismísimo gobierno donó; por consiguiente solo faltaban las firmas de servicio ambiental, se debían aprobar los planos por un selecto grupo de consultores de obra, albañiles, presupuestos, materiales, colores y toda la cantaleta que ella amaba.

La intención de la empresa era entregar los planos en dos secciones; una sección ya estaba siendo examinada en 4D a través de los programas especiales por los interesados en invertir y recibir un cierto porcentaje de lucro que conllevaría el "buen" manejo de la Facultad. Aún le faltaban

cerca de tres bocetos, los más importantes, de los que dependía su permanencia y honor dentro de esa ambiciosa constructora. <¿Dónde pondré las canchas?> <¿Una piscina?> Sonó el teléfono, interrumpiendo sus cuestionamientos perfeccionistas.

—¿Diga?— apretó el móvil contra su hombro y oreja. —Sí, ella habla...es mi madre. — Lo tomó debidamente— ¿En dónde? Salgo enseguida.—colgó. Guardó sus instrumentos dejando su amada estilográfica en la mesa como si se desprendiera de la antigua mujer que estaba a punto de cambiar.

Daniela y su padre estaban de pie en la sección de emergencias. Lena bajó el maletín y enredó bien su pelo.

—Lena, ¡acá!—le llamó su hermana. Ella aun mostraba el uniforme escolar, al igual la habían sacado de su sitio diario. Lo máximo que pudo saber era que estaba en quirófano desde hace casi una hora. La enfermera trató de explicarles la situación que su madre y esposa vivía. Un colapso de tiempo como balde de agua helada. La conclusión, el punto final, el epílogo o desenlace de un ser semejante, de sorpresa, así sin más. Solo dejaba de respirar, de existir carnalmente. Su madre las había guiado para afrontar situaciones, pero no una muerte, menos de quien las había instruido. ¿Por qué nunca pidió ayuda? ¿Acaso sus hijas no eran la suficiente razón para luchar y vivir? Por lo visto no. Aguantó hasta el último segundo, sin decir nada, disfrazada de alegría por ver el sol renaciente entre los cerros, sabiendo que quizá ese fuese el último día de su lamentable travesía. Cinco horas, en cinco horas todo se había derrumbado. Ya no le importaba su proyecto, quería a su viejita salir por esa puerta.

El doctor recién desolicitado se acercó temeroso y comprensivo

— ¿Familiares de la señora Rangel?—quitó el tapabocas.

—Soy su esposo. — Se levantó un cuerpo escuálido el cual provocaba lástima.

—Siento decirle que...debido a su grado de avance, la señora Rangel no fue compatible con el trasplante. —Lena tomó la mano de Daniela.

— ¿Puede alguien hacerse la prueba?

—Lo siento, pero ningún familiar es positivo ante el virus. —Negó rotundamente, quitándole las únicas esperanzas. —Esperemos que con las raciones de sangre sobreviva la noche.

Tristemente, la espera fue en vano.

Apretó una mascada de su madre, para luego golpearla en el clóset, llorando. ¿No fue buena? El sentimiento de impotencia se apoderó, la única persona que le podía dar las respuestas estaba a punto de ser enterrada. No pensó en el sufrimiento de callar. Se secó las lágrimas. Todos deberían estar ya en el cementerio, nada de veladas, cuanto más rápido mejor. Solía decir su madre "La casa eterna, el único lugar donde ricos y pobres se unen". El taxi ya la esperaba al ras de la banqueta.

Agradeció usar gafas, los ojos se le cerraron. El cementerio quedaba exactamente ubicado en una lateral de un campo militar; estaba atiborrado de sauces, pirúles y álamos que desprendían un olor a orina y pelusillas que se adherían a la ropa de los presentes. La mayor parte de las tumbas eran adornadas por mármol crema y algún obelisco celestial, como un ángel o una virgen. Caminó por el trayecto de piedra arduamente delineado para no estropear el césped que se regaba por la noche haciendo grandes simulaciones de lagunas. Divisó el tumulto de gente dando un suspiro largo y amargo. Su odioso padre se aferraba al ataúd gritando cuanta reclamación pudiera, Daniela se enfrascaba en su mundo utópico con unos grandes y llamativos auriculares, Puffy; la anciana señora amiga de la familia y Lena, eran las únicas personas maduras. Le dejaban todo el dolor a ella, la hija mayor, la que siempre tenía que poner el ejemplo. Nadie ahí se había interesado o acordado de su madre, nadie sabía qué era lo que le hacía feliz, si era feliz. Sintió culpa por nunca preguntárselo. Lena vio a todos en panorámico, encontrando su vista aterradora ante cientos de hipócritas fingiendo sentir su muerte.

—Maldita la hora en que moriste—.Gritó su padre. Logrando rebasar el vaso pequeño de paciencia de su hija.

—¿Maldita sea su muerte Papá?—se acercó—.Maldita la vida que no te llevo a ti en vez de a ella. Una mujer capaz y completa, silenciosa por no hacernos sufrir.— reprimió las lágrimas ahogando el tornado de coraje que se formaba en su garganta—.De todo corazón querido padre, deseo que tu muerte sea tan dolorosa y larga como fue la de ella.

No faltaba para de ojos que la viera. Sí, sus estribos se consumieron en aquel instante de arrebató, aborrecía a su progenitor como a las mentiras. Puffy la tomó de los hombros, tranquilizándola. Echaron la tierra necesaria y colocaron dos coronas de rosales frescos y aromados.

Mientras trataba de conciliar el sueño, le pasó a su mente una pregunta, no recordaba haber guardado su estilográfica; al menos compadeció su

tortura con otro tema.